

SOTO DE ROJAS, PEDRO (1584-1658)

LOS RAYOS DEL FAETÓN

Rayo crepúsculo

1

Dulces hurtos del sueño más sabroso,
resistencias del ocio, mas suaves,
hechas cuando el crepúsculo dudoso
a tesoros de luz abrió las llaves,
del discurso alentadas cuidadoso
que escudriñó las fieras y las aves,
te ofrece, excelso Conde, mi Talía
segunda vez en métrica armonía.

2

Iris en tempestad de memoriales,
santelmo en las procelas de una audiencia
(embozados con telas los umbrales)
será, si das a la quietud licencia;
no del gobierno grande son fatales
vestigios la mediana intercadencia,
mas del discurso flaco pingüe cebo
con que se alienta a trabajar de nuevo.

3

Ocio suave siga al ejercicio,
dulce atención presida mientras canto
el tonante abrasado precipicio,
del cielo alteración, del mundo espanto;
mi voz será, si el más pequeño indicio
de tu grandeza un evo clarín tanto,
y el de Alejandro en competencia pobre,
mas ¿qué te ofrecerá, que en ti no sobre?

4

Yace del Jonio mar en la ribera
fragmento de la tierra aún no preciso,

que con la sabia información primera
es al mundo y será pleito indeciso;
isla multiplicada le quisiera
el mar Egeo, Grecia paraíso,
grande abogado el istmo le defiende
la tierra, el mar su posesión pretende.

5

Adulterado el eje en el certamen,
bien más astuto joven que atrevido
Peloponeso obliga que la llamen,
Morea dice el ruginoso olvido;
deleitosas nereas planta lamen
cual hoja que es de plátano lucido,
con término apacible el sol la dora,
con dulce aspecto el viento la enamora.

6

Rubio alcázar de Ceres resplandece
en sus cultas campañas, en su yerba
Pales abunda, y en sus montes crece
Hipobóreas que al vándalo reserva;
por partes mil Pomona la guarnece,
Baco la asiste, ilustra Minerva,
vístela Flora y, con semblante ufano,
le tiende las alfombras M verano.

7

Húmeda gruta o cristalina alcoba,
lisonja dulce al esplendor de Oriente,
cuya fábrica ilustre escollo roba,
centinela de montes preeminente,
ocupa honroso pabellón de toba,
a Inaco abriga el cuerpo transparente,
barba y greña, si limpia no, peinada,
antes del llanto antiguo aljofarada.

8

Cándida producción de sus cristales
(flecha a Jove volante dirigida)
a Juno en celos revolvió mortales,
mientras piel blanca, temerosa vida;

ufanas son de esta verdad señales
conforme edad, nobleza competida;
¡oh cuánto yerra Epafó en su argumento
que la nobleza sin virtud es viento!

9

Al más vano verdor que al sol camina,
que de la vista el término traciende,
como a la seca desgajada encina
atrevido segur destroza y hiende,
mas si a virtud en la niñez se inclina
y de la mano el fruto sabia aprende,
compita con el sol, sujete el prado,
todo a su culto nace dedicado.

10

Hijo del Sol, crepúsculo dudoso,
ya de la sucesión, ya en la edad sea,
este campo ejercita que en reposo
con mansas vueltas Inaco pasea;
conocido su nombre, cuidadoso
el vulgo está de quién su padre sea,
bien que el aspecto y condición que tiene
más parece del Sol que de Climene.

11

Ostenta en miembros trabazón dispuesta,
pie comedido, pierna descollada,
corto el tercio segundo, espalda enhiesta
entre los fuertes brazos dilatada,
pecho abierto, garganta deshonesto,
breve el rostro, la frente despejada,
aspecto ardiente, rizos sin decoro,
del fuego indicios, presunción del oro.

12

Con fuerte barra, con bohordo altivo
mide los prados ya, los vientos pasa,
esfera de chaparro fugitivo
persigue ardiente por la vega rasa;
de la carrera el brótano de olivo
conquistado veloz traduce a casa,

la envidia se carcome, Epafo siente,
y su clara prosapia le desmiente.

13

¿Cuál hay varón de prendas guarnecido,
de virtudes el ánimo cercado,
de riquezas, de honores investido,
que rueda vence y supedita el hado,
a la necia soberbia resistido,
al interés cobarde reservado,
que la envidia no alcance a sus extremo
¿Quién es éste? Deidad le alabaremos.

14

Oféndese Faetón del duro estilo
y si se hallara con grabado acero
a las palabras les cortara el hilo;
mirólo airado y se partió severo;
reincide Epafo (Júpiter su asilo),
murmura en el corrillo lisonjero,
duplica a espalda vuelta infame agravio,
opuesto al fuerte, al generoso, al sabio.

15

Llega al materno umbral, deja señales
con pie afectado en su lustroso asco,
el cedro voceando en los quiciales
hace Faetón alborotado empleo;
sale su madre a impulsos desiguales
sin acabar el comenzado arreo,
halla a su hijo que al andar delira
y con semblante alborotado mira.

16

«¿Qué traes hijo?» le dice, y no se atreve
a entregarle los brazos, ni la planta
del medio puesto en que la coge mueve
(tanto enojo causó turbación tanta).
Rayos el uno, el otro perlas llueve,
uno se altera más, otro se espanta,
y al fin el joven rompe labio rojo,
períodos quebrando, voz de enojo.

17

«¿Qué culpa sigue al hijo? El modo extraño,
¡oh acción de viles pechos! decid, madre,
llegalde acíbar al sabroso engaño,
la verdad me intimad, ¿quién es mi padre?
Librado en este golpe mayor daño,
la espada viva el corazón taladre,
pues apetito juvenil, que vuela,
más necesita riendas que no espuela.

18

De un semicapro fauno guedejudo
de quien tan sólo informa hendida huella,
del sucesor de Pales que más rudo
sigue en ariscos montes copia bella
origen tenga, o deslazase el nudo
marino monstruo a vuestra cinta, de ella
o de todos mezclado sea, yo siento
que soy noble en mi noble pensamiento».

19

«Quince vueltas del sol tan bien dispuestas,
ninfa -deidad responde- más hermosa
ni se vio calidad de las florestas,
ni pompa altiva en la campaña undosa,
bizarras siempre escuadras, siempre honestas,
en corro ardiente, en venación fragosa
regí, solicitando el primer astro
coturnos de oro en cándido alabastro.

20

¿Cuántas veces las flores a mis plantas
desabrochó y al céfiro süave
dio por retozo a mis cabellos cuántas?
Inaco lo conoce, Io lo sabe;
moderaba el fulgor de luces tantas
cual pudiese mirar su aspecto grave,
cortés me amaba, tierno me asistía,
de noche solo, en público de día.

21

Ardiente capitán de las estrellas
pasaba muestra enriqueciendo el suelo,
bizarreaba más sus luces bellas
solicitando mi galán desvelo;
mirábale en su trono y en sus huellas
alma del mundo, corazón del cielo;
el alcázar del pecho resistido,
si honor le guarda, entrégale Cupido.

22

Hecho de esas ventanas centinela,
guarda de esos umbrales esperaba
a un resquicio relámpago que vuela,
trueno en la voz de mis desdenes brava;
el arquillo animaba la vigüela,
dulcemente en las cuerdas se quejaba,
daba su voz mi hermosura al viento
regalada en su propio sentimiento.

23

Gran tiempo el blanco Eton en confianza
tuvo las rojas riendas impaciente,
mientras pequeña conquistó esperanza
en pecho casto el corazón doliente.
Quiso el ciego rapaz tomar venganza,
disipa al aire su metal luciente,
tras rubio harpón entró en el alma mía
la amante luz que le faltaba al día.

24

La seca nieve en la montaña enjuta
a la solicitud del primer rayo,
valle la esconda o la retire gruta,
fluente de su amor ostenta ensayo;
en el setiembre a la rebelde fruta,
al mármol frío persuadió en el mayo,
¡qué mucho un tierno Pecho conquistara!
Tal es Faetón tu decendencia clara».

25

Ya asidos los cristales inquietos,

símbolo de amistad, al cielo claro
daban la vista, el trato a los efetos
que al peregrino servirán de amparo.
Indice los caminos más secretos
muestra y seguros del palacio raro,
y el tierno de la madre lazo absuelto
ata el coturno a caminar resuelto.

26

Arco desierto, bien poblada aljaba,
ésta a la espalda, aquél al hombro pende,
de quien pluma veloz, de quien piel brava
por oculta o distante se defiende;
el blanco a nueva fuerza fijo clava,
viento investiga mal, bosque no entiende,
pero con todo, cuando el arco asía,
al bosque ultraja, al viento desafía.

27

Teme la bella ninfa y ser quisiera
(ya que no labirinto prevenido,
ni meta fija a su veloz carrera)
elocuenta cadena de su oído.
Ase la toga. «Aguarda -dice-, espera».
Tira el hijuelo y rasga sin sentido
no sólo fimbria rica, pecho amante,
y al alcázar del Sol partió al instante.

28

Sale y con paso pertinaz Faetonte
persigue su bizarro pensamiento,
desdeña el prado y menosprecia el monte,
anhelos desmentidos, con su aliento;
selva escasa, magnífico horizonte
igual penetra con el manso viento,
mas ¿cuál no vencerá difícil paso
mozo con ambición de luz escaso?

29

La tierna voz repeticiones pierde
menospreciada en la rebelde oreja,
ley natural, como el pradillo verde,

la inobediencia a las espaldas deja,
del loto (ausente apenas) Faetón muere,
Climene (aún no dejada) forma queja,
el alma de las plantas son las voces,
sus pies a quien las da puntas atroces.

30

Dedicación de la nevada espuma,
ave caliente al volantón hijuelo
del nido mira sacudir la pluma
con manso arrullo, refrenado el vuelo,
mas si le pierde en la distancia suma
de ramo en ramo ostenta su desvelo.
Climene así desde una en otra torre
visita alturas y distancias corre.

31

Senda inquieta a los cansados ojos
ninfas bellas ofrece no entendidas,
arcos que embrazan muestran los despojos
en cintos tres de las que quitan vidas,
dorados suelta el viento los manojos
que lazadas resisten mal prendidas,
y de amantes deidades muestran ellos
más almas tremolantes que cabellos.

32

Retozón ventecillo juguetea
con las agudas bachilleras faldas,
ya las levanta un tanto y las ondea,
ya las presenta en rueda a las espaldas;
la planta menos dulce que pasea
califica las yerbas esmeraldas,
el cristal revelado, el escondido,
envidia a Venus es, pompa a Cupido.

Rayo clareciente

33

A término posible en los sentidos

la bella escuadra a paso lento llega,
del pulso alborotado los latidos
ya los anhelos duplicados niega;
los ojos de Climene convencidos
la duda absuelve, la inquietud sosiega,
y mira que a su grave desconsuelo
con tres alivios le socorre el cielo.

34

Faetusa eran Lampecía y Nonacrina.
escándalo bizarro a mil deidades,
dulces memorias a Faetón inclina
de bien comunicadas voluntades.
Buscándole a sus campos se avecina,
preso alcaide de tantas libertades,
oye a Climene, que su fin decreta,
y apela al tribunal de la saeta.

35

No le ofrece consuelo a la afligida
madre (¿cómo dará lo que no alcanza?),
antes procura hacerla divertida
de su intento inquieta en la tardanza:
las treguas le propone de la vida,
de su albergue en su ausencia la esperanza,
y con el vale (aunque mujer) primero
da al camino fingido el pie ligero.

36

Sospechosa Climene dar quisiera
por coturno a sus pies el pensamiento,
pero se duda, y con razón, si fuera
activo más porque traciende el viento;
agua a su curso así, llama a su esfera,
piedra se inclina a su nativo asiento,
hácele espaldas monte acreditado
al hurto de los pies disimulado.

37

La sombra dilatándose atropella
rayos difusos de la luz escasa,
cuando la ninfa de Nonacria bella

senda indició que el caminante pasa;
atiende más, inclínase a la huella,
y dudando el coturno, que la abrasa,
se vence del descanso, su alegría
flores ofrece al campo y luz al día.

38

Si amiga no (por ser supuesta hermana),
bienquista a Delia al fin Clímenes era,
rara vez pluma redimió liviana
de su persecución distante esfera,
que en selvas apacibles de Diana
la más valiente fatigaban fiera
estas que de su culto dio deidades,
consuelo a tan amargas soledades.

39

Providencia de virgen cazadora,
con dos media dolor de un hijo ausente,
ya con ellas la madre tierna llora,
ya cuelga el rostro en la serena frente;
cándido aljófara, rosicler de aurora,
llora a Menón, celebra al sol luciente,
festeja en su retrete dos faroles,
del monte arisco venerados soles.

40

De cristal tierno, o de templada nieve
en seis dulces esferas dividida
amiga unión se hace, mientras mueve
süave voz la púrpura encendida;
elocuente Lampecia bien se atreve
a tener a su madre divertida,
si no es ley natural, que a tal respeto
manda ostensión de su mayor secreto.

41

«El magnífico templo de Latona,
de imágenes de rumbos venerado,
ocupa el medio a la templada zona
con término apacible dilatado.
Atento el sol por majestad corona

cándido capitel cuanto elevado,
bruñida plata ostenta, ufano sube
sobre la más desvanecida nube.

42

Frecuentado de ninfas peregrinas,
asistido es de ciento tan hermosas
-dice- que envidia son de matutinas,
serenidades de lascivas rosas;
belleza infatigable, sin ruínas,
gozan ufanas, como eternas diosas,
dispensación del tiempo. ¿Quién se atreve
a esta jurisdicción con planta leve?

43

Antes los prados, que de alegres flores
se visten una vez, jamás desnudos
el desdén los halló de los calores,
desprecios de la nieve o vientos rudos;
de dos en dos retozan los amores,
sin los arpones de Cupido agudos,
absuelto de la vista el embarazo,
no de la cinta el defendido lazo.

44

Por selvas apacibles en los lejos
sombras se ven de bosques retirados,
alúmbranlos las fuentes con reflejos,
que el sol se queda en árboles copados;
las aguas son jueces, son espejos
de hermosuras, de vicios elevados,
mas su inquietud es tanta y su locura
que los vicios aumenta y la hermosura.

45

Los fugitivos cándidos cristales
en sierpes se pasean bulliciosas,
visitando a los pies de los frutales
flores süaves, yerbas olorosas;
si despeñarse intentan sus raudales,
los reciben las faldas amorosas
de oreas y hamadriades tan bellas

que a sus plantas se inclinan las estrellas.

46

Todo mortal sus límites respeta,
retira el pie del territorio, en cuanto
la escuadra de los faunos inquieta
ahuyentada le tributa espanto;
consente dios sin forma de planeta
no ha visto de la diosa el templo santo
que es jerarquía de la eterna vida,
pureza limpia en tantas repetida.

47

Imperio de las flores goza ufana
descollada azucena en prado ameno,
ni pie grosero su verdor profana,
ni mano altiva su candor sereno;
hermosura eminente, así Diana,
la más dispuesta ninfa al casto seno
llega el labio, si el rizo de oro toca
al coral encendido de su boca.

48

En roja esfera, exhalación volante,
el venado parece que fatiga
y que el bosque le quitó delante
del arco; a quien la aljaba desobliga,
disipación de flechas penetrante
pudo obligarla a que el rigor desdiga,
cuando, lisonja de una fuente bella,
se convidaba a retozar con ella.

49

Depuesto a un lado, pues, la aljaba y arco,
el sol pendiente en la mitad del cielo,
al mar pequeño generoso barco
quiere entregarle fabricado en Delo;
calzado de oro absuelto, besa el charco
quilla de plata y, ya quitado el velo,
de bellezas inmensas desmentido,
sale a los campos el cristal corrido.

50

Si majestad de hermosura tanta
engañosas lisonjas permitiera,
la menor linfa que besó su planta
pudo ser de Narciso lisonjera;
introdúcese el agua a la garganta
por más oculta y onda bachillera,
manifiesta los cándidos secretos
(si lo pudieran ser) aun más perfetos.

51

Febe, mi hermana y yo, que en asistencia
cuidosa la seguimos despojadas,
sin presunción de vana competencia
nos dimos a las aguas retiradas;
obligónos benigna la obediencia
a refrescar sus carnes delicadas,
tiernas manos arrastran los sentidos
en tan dulce regalo embebecidos.

52

Las palmas que se dan al cristal blando
las goza ufano el alabastro eterno,
que las linfas se salen deslizando
por no faltar al natural gobierno;
el tacto perezoso va dejando
rastros süave en el sentido tierno,
y aún gozando dulzores se durmiera
si el bullicio doncel lo permitiera.

53

Veloz como sedienta, pues, se arroja
al agua una corzuela inadvertida;
más cantidad que de agua su sed moja
en sangre da a la fuente de una herida;
no por eso Anteón la cuerda afloja,
antes la sigue a flecha repetida,
hasta que viendo la deidad desnuda
la vista desató y el paso anuda.

54

Atento mira el hijo de Aristeo
trabada en miembros bulliciosa plata;
hace el sentido en su tesoro empleo,
o violencia será que lo arrebató;
Diana atiza el juvenil deseo,
que entre casta y lasciva se recata,
pues si a una parte cubre su hermosura
a otra la ostenta en más desenvoltura.

55

Celar quiere con brazos enlazados
tiernos globos de nieve recogida,
pero oprimidos brillan por los lados
rayos de plata natural bruñida;
los candores con ampos embozados,
suavidad en dulzores escondida,
cuanto avariento pecho al joven niega
pródiga espalda a su apetito entrega.

56

El norte fijo aguja codiciosa
tira, objeto hermosísimo el sentido;
determinado llega, hablar no osa.
¡Ay! ¡Presto no podrás mozo atrevido!
Vase inclinando al agua, vergonzosa,
con susurro de voces no entendido,
la diosa y, linfa breve en presta mano,
riega la faz del cazador profano.

57

Así ufano verdor de la espesura
suele ultrajar el generoso octubre,
que en pedazos se cae la vestidura
que los adulterados miembros cubre,
con parda piel, extraña compostura,
los brazos dilatándose, descubre
pies y manos hendidas, pero breves,
castigo igual a pensamientos leves.

58

Dos ramos, erizadas las guedejas,
brotan en forma de chaparro seco,

el primer tronco abrigan las orejas,
cuidosa prevención del menor eco;
brama si intenta pronunciar sus quejas,
muda la voz de la garganta el hueco,
que si de forma eterna se deriva,
materia la produce sensitiva.

59

Espejo de la fuente lisonjera
muda de condición y ostenta clara,
a una luz racional bulto de fiera,
ganchuda testa en vez de hermosa cara;
la corzuela vencida, aunque ligera,
baruco late y venteando para,
que el olfato le informa dueño amado,
la vista ciervo de vivir cansado.

60

Remítese a la vista el apetito
cuando la tropa de sabuesos llega;
Melampo ingrato ejemplo deja escrito
con presa atroz a su compañía ciega;
precipita el silencio tanto grito,
en tanta confusión la paz se anega:
cera que de la luz miró los lares,
conozca fuegos, califique mares.

61

Dentro en la ruda piel la voz humana
se lamenta, los ojos dan señales,
que su corriente el arroyuelo ufana,
de aljófara tierno, y líquidos corales;
alza la testa y ve su edad temprana
sustento atroz de ingratos animales,
con el hocico halaga a su homicida,
y el feroz ejecuta nueva herida.

62

Tirando de sus carnes, un sabueso
le entra las uñas casi en las entrañas,
otro lo vuelca y, sin temer el peso,
lo arrastra asido de las duras cañas.

Sálese el alma huyendo tanto exceso
tras un bramido, horror de las montañas,
y el que a comer les dio, de ellos comido,
(¡perros!) le lisonjean el vestido.

63

El transgresor del virginal cercado,
pródigo asilo a fieros delincuentes,
de la pureza y de ellos castigado,
muere ejemplo temido de las gentes».
Cesó, y la madre teme al hijo amado
expuesto a los peligros evidentes.
La mesa abastecida ya las llama
y las convida la mullida cama.

Rayo matutino

64

Deja el descanso Nonacrina hermosa
y con las plumas del rapaz volante
veloz discurre senda presurosa,
que se obliga a ponerla con su amante;
ufana pisa selva deleitosa,
de un fresno de los árboles gigante
asombra un libre arroyo con su planta,
con su guedejas a la luz espanta.

65

Al pie Faetón estaba en dulce sueño,
que el brindis que a su sed y a su fatiga
risa de la agua y de la noche ceño
hicieron, a mayor descanso obliga;
apios, adormideras y beleño
previene en esta parte sombra amiga,
los penachos dosel, colchón las flores,
música tierna amantes ruisseñores.

66

Inclínase la ninfa al verde prado
y da la mano al cristalino arroyo,

que bullicioso cae precipitado
por el tropiezo de una guija a un hoyo;
humedece el clavel aljofarado
al rosicler del alba dulce apoyo;
vuelve al camino y cuidadosa escucha
no poco sueño entre fatiga mucha.

67

Rastro süave el cuidadoso oído
sigue y halla en los brazos de Morfeo
el ardiente mancebo así rendido,
que es de sus aras el mayor trofeo;
las fantasmas proponen al dormido
sustitución del esplendor febeo;
como que estriba, con los pies forceja,
las manos llama atrás, como que ceja.

68

Dióle lugar al pensamiento vano,
hízole esclavo suyo aun cuando sueña,
búrlase de él, la cítara en la mano,
tierno cristal, lisonja de una peña,
en contrapunto Progne, en canto llano
el Céfiro con yambos le desdeña;
facistor sabio, el fresno le servía
sátiras de soberbia a su armonía.

69

Idólatra del sueño y sus temores,
ínfimo tercio del derecho lado
la bella ninfa dobla entre las flores,
al otro enhiesto el pecho recostado;
Faetón desvanecido en sus dulzores
obliga a Nonacrina a más cuidado;
mansamente los brazos le reprime
porque en el forcejar no se lastime.

70

Rubia diestra de Júpiter Tonante
Febeteo le ofrece y tras un grito
le deja con la lengua titubante,
que aun en el sueño castigó el delito;

trocados los asuntos, ve delante
gloria apacible el que se vio precito,
confirma el sueño, el caso duda, ¡oh necio!,
haciendo casi a la deidad desprecio.

71

Ella, que asida con sus tiernas manos
la alterada del joven acaricia,
pregunta cuáles son los sueños vanos,
que intenta hacerles oración propicia;
él solicita rayos soberanos
según la voz del corazón lo indicia,
que explica el sueño, en tan galán desgarro,
cual si rigiera el fulgurante carro.

72

La representación de la memoria
al apetito temerario atiza,
materia del pecado vanagloria
los incendios del fuego soleniza;
sirve el placer de referir la historia
viento que le sacude la ceniza;
árdese el mozo, acusa lo que aguarda,
acelérase, yJúpiter no tarda.

73

A indigno amado que llevarse deja
al precipicio de su loco intento
con más verdad que halagos le aconseja
de Nonacrina el encarnado acento;
no embozó más veneno astuta oreja
a palabras del mágico argumento,
ni más despliega plumas Dafne a Febo
que dista a la razón discurso nuevo.

74

«¿A dónde vais lucero de estos días,
verdor de aquestos campos deleitosos,
alma y dulzura de estas fuentes frías,
pompa de aquestos árboles frondosos?
¿A dónde vais -le dice-, a qué alegrías
os arrastran intentos cuidadosos?

Mejor es parda sombra en breve haya
que dorada su popa en ancha playa.

75

Mejor se goza el sol desde más lejos,
más bien se dejan resistir sus rayos,
basta el manso calor de los reflejos,
sin gozar de las siestas los desmayos;
quien desprecia la luz de los consejos
hace en tinieblas del peligro ensayos,
de aquí veréis el cetro sin asombro
muleta de oro que se lleva al hombro.

76

La silla levantada desvanece,
el peligro al descanso desobliga,
dulce sueño en las yerbas aparece
más bien que en lechos que el brocado abriga;
el apetito entre las flores crece
y entre varios manjares se fatiga,
aquí el claro discurso galantea
y en los campos del cielo se pasea.

77

Sabroso engaño al corazón doliente,
hija de la ambición, necia esperanza,
no profanó el discurso de esta fuente,
que cuanto intenta en esta selva alcanza;
vencida la codicia diligente
se escondió de la sana confianza,
dulce murmuración, lisonja amena,
sólo en cristales y esmeraldas suena.

78

Aquí no la materia del estado
muda los puestos, los semblantes muda,
cada cual goza el sitio señalado,
que le constituyó la suerte ruda;
el más vano verdor, el más poblado
da la mano a la yedra que le anuda;
con esto goza estimación lucida
la que nace de fuerzas desvalida.

79

No se ha visto en el prado otra contienda
que la vuestra y de Epafo, no se ha oído
que la nobleza estimación pretenda
con hacerle desprecio al competido;
loca ambición jamás disuelta rienda
arrastró sin peligro conocido,
y aunque los sueños son un vano vuelo,
alguna vez inspiración del cielo.

80

Vuelve, oh hijo del Sol, padre del día
que en estos dulces campos amanece,
vuelve, que tú originas su alegría
y su hermosura entre tus luces crece,
vuelve, y valga el temor a mi porfía,
si amor no vale, porque más merece,
vuelve del prado a los alegres juegos,
si no a la voz de mis ardientes ruegos.

81

¿No ves tan dilatados los caminos
que aun la esperanza se fatiga en ellos?
¿No ves a los chaparros más vecinos
los rizos repelar de tus cabellos?
¿No ves? Tus pies ofenden peregrinos
coturnos de oro con sus lazos bellos,
piedras sobresalientes los asaltan,
con rojo espinas su candor esmaltan.

82

amedrentan la bárbara espesura,
ceraste acecha do la planta pones
embozando veneno en la verdura;
del hijo de Vulcán los escuadrones
a Hércules se oponen; de fe pura
ser transgresor tu fuga nos lo enseña,
con alma dura en corazón de peña.

83

De tu amorosa madre a los gemidos
piadosos niegas la memoria ingrata
si a su voz tierna excusas los oídos;
ley natural de su precepto acata
o teme de los dioses ofendidos
el castigo mayor si se dilata;
no es perdonar sufrir, que la tardanza
es prevención para mayor venganza».

84

Dijo, y sonoras cítaras de pluma,
lisonjeras suaves de la aurora,
la voz cogieron, repitiendo en suma
dulce su acento mientras la alba llora;
tierna la luz entre nevada espuma
de celajes salió y el monte dora;
Faetón le alzó y en vez de persuadido
hace demostraciones de ofendido.

85

«Contra el honor no admito conveniencia,
no respeto la ley -dice alterado-,
a los deleites hago resistencia,
pecho de bronce al flechador vendado;
mucho pudiera sabia tu elocuencia
a no estar por mi luz determinado
que el carro de mi padre me eternice
y en su trono al becerro atemorice.

86

Un solo día ajustaré la rienda,
sacudiré temido azote rojo,
pues basta así para que el mundo entienda
quién soy y excuse verme con enojo.
A Dios señora». Y fatigó la senda
con tal velocidad que ni un despojo
de señal le permite, antes en vano
polvo sutil le persiguió liviano.

87

Anudada la voz, confusa queda
mirando al temerario caminante

la hermosa ninfa en cuanto la arboleda
se le interpone a término distante.
«Después, mi ingrato amado, así suceda
como os promete vuestro ardor galante»,
dice, y se inclina al floreciente suelo
cantando al dulce son del arroyuelo.

88

«Oh aquel feliz que de los campos goza,
que usurpa rubia espiga a caña seca,
que el blanco heno y la apacible choza
al censo de la vida le hipoteca,
con el desprecio y soledad retoza
y no forceja en la esperanza güeca,
logra su intento, sigue sus verdades
sin depender de ajenas voluntades.

89

Al descanso los términos dilata
cuanto permite de la sombra el ceño,
en las niñeces de la luz desata
veloz discurso de sus globos dueño;
riquezas (más que supo dar la plata
a la solicitud) le ofrece el sueño,
y el oficiarle aquista más belleza
que material formó naturaleza.

90

Las flores sin peligro lisonjean,
las yerbas acarician sin intentos,
sin interés los árboles se emplean
en sazonar, en ofrecer sustentos,
brindis las fuentes hacen y desean
sus remansos lascivos movimientos,
preséntanse aquí frías, y templadas
allí se dan a luchas regaladas.

91

El conejuelo en vano temeroso,
que entre silencios y quietudes vela,
le rinde al gusto el lazo cuidadoso,
y la flecha veloz ave que vuela;

al colmilludo hocico, ni al ganchoso
oído, no valió fuga o cautela,
antes adornan troncos los mayores,
decente presunción de cazadores».

92

Aquí la voz en la garganta asida
quedó, si no asombrada del estruendo,
de las atrocidades escondida
que viene hocico calidón haciendo;
mas su atalanta flecha prevenida
le intima aguda al cerviguillo horrendo;
bufa, sacude el asta, vuelve al tiro,
medio fresno cortando el medio giro.

Rayo luciente

93

Ya orgullosa la ninfa bizarrea
con voz si no tan dulce más gozosa,
persigue el rastro de la sangre fea
cuanto más alentada más hermosa;
fijar la testa en la pared desea
fachada al templo de la casta diosa,
inscripciones poniendo en su horizonte
que la confirmen majestad del monte.

94

Clío ardiente sintió previsto el caso,
que en dos frentes los tiempos examina,
y con la voz que regaló el Parnaso
ultrajó a la bizarra Nonacrina;
estórbale su acento el veloz paso
que articula: «¿Do vas ninfa mezquina?
¿Viva huye la fiera que te ufana?
¿Qué te promete tu esperanza vana?

95

Esta dedicación de monte y fieras
a templos descollados y anchas aras

de más deidad las candidas esferas
preservan hoy con influencias raras;
no ocuparán las bárbaras riberas
del Inaco sus víctimas preclaras,
del Tajo sí majestuosos faustos,
oblatas, sacrificios y holocaustos.

96

Donde preside Júpiter Fileno,
deidad que universal reconocida
al que no rija en apacible freno
con diestra oprimirá rigor ceñida,
cuarto Planeta, cuyo ardor sereno
la más esquiva Dafne, mas rendida,
el más flechante amor, mas desarmado,
y Marte el más feroz tendrá humillado,

97

aquél a quien los tiempos duraciones
mármoles aperciben las memorias,
los triunfos del honor coronaciones,
claras trompas la fama a sus historias,
aquel que de las bárbaras naciones
aquistará tan soberanas glorias
que para dilación de sus imperios
faltarán horizontes y hemisferios,

98

allí do corregidas las napeas
producen amadrías concertadas,
y las nayas más ricas que nereas
veloces plantas mueven desatadas,
allí donde las floras y amalteas
que tanto culto gozan veneradas
los frutales dotrinan las verduras
y enseñan a las flores hermosuras,

99

donde nacen las yerbas tan lucidas
que se atreven a formas racionales,
y en las fieras se ven embravecidas
a su humilde principio desleales,

do las linfas del peso compelidas
se olvidan de sus cursos naturales,
y retozonas cuando el aire flechan
los advertidos mármoles cohechan,

100

selva bien más que horrenda deleitosa,
venerable espesura, sombra anciana,
fiera alimentarán tan espantosa
que a las malezas aun será profana;
del marfil que le sobre desdeñosa
la boca esenta miro que se ufana,
si no puntas volando penetrantes,
esgrimiendo feroz arcos tajantes.

101

El pecho en remolinos escondido,
corto de brazos y de pies enhiesto,
de cerro agudo, perspicaz de oído,
fiero en bufar, en el mirar funesto,
largo el hocico hacia la frente hundido
que ofuscando el copete infama el gesto,
y con las cerdas, que sacude y suena,
desacredita la quietud serena.

102

A este, pues, monstruo horrendo, la fortuna
ciega le solicita cuidadosa
veneración para su verde cuna,
para su albergue religión frondosa,
brótanos mil para su media luna,
para su muerte eternidad forzosa,
librada no en el iris, no en la clava,
no en dardo argiva o calidón aljaba.

103

En una dulce suspensión de aquella
bellísima deidad, en un cuidado
que causará el eclipse de una estrella
y un rayo acabará determinado,
para el cielo bastará una centella
que a splendores le hiciera deslumbrado

y para el mundo todo el breve luto,
gran privilegio del valiente bruto.

104

Porque de estos pensiles cuyo aseo,
cuya hermosura en esta edad no cabe,
que hoy no la alcanza el racional deseo
ni la naturaleza tanto sabe,
no nacerá de tan galante arreo
ni de aspecto al sentido tan suave
flor que a serle posible no intentara
ser yerba humilde a las que ve en su cara.

105

Y el sol, cuando bizarro desordena
su crenche sobre cándidos collados,
sombra será para la luz serena,
de su oro rizo en términos nevados,
corrido sus caballos desenfrena
viéndolos ser de tanta luz nublados,
y cuando ya los restituya al tiro
aprenda luz para el siguiente giro.

106

La verde haya, majestad del valle,
movida dulce con el manso viento,
cuidosa intenta de su airoso talle
tomar el regalado movimiento;
toda hermosura tiene que envidialle,
toda alteza es alfombra de su asiento,
y menos culto espera tu caudillo
que en nuevas aras le dará el cuchillo.

107

A aquesta, pues, alteza soberana,
rama igual de su tronco, diosa austrina,
blasón del mundo y de este Jove hermana,
todo consiente dios su voto inclina;
cedro es el dardo, oro es la manzana
que insignia a su deidad le determina,
y le previene a su lustroso carro
ciervo el más presto, el cisne más bizarro.

108

Medos milagros, hoy efesos cultos,
la providencia erige cuidadosa
que los teme (y no mal) pequeños bultos
a la veneración de tanta diosa;
pagará los destrozos, los insultos,
bruto feroz, y encenia generosa
se hará a la majestad del templo nuevo
con regocijo en duración de un evo.

109

Pues cuando más soberbio atemorice
entre dulces silencios la verdura,
los colmillos esgrima, el cerro erice
destrozando la bárbara espesura,
cuidoso a los olfatos se deslice,
fuerte al cáñamo vuela la atadura,
Austrina le impondrá el mirar suspenso
y hará que pague con la vida el censo.

110

A un fulgor prevenido de la muerte,
con tantos de la vida aconsejados,
el Sol, que el orden natural previerte,
saldrá de nuevo lustre a verdes prados;
los rastros de la luz, que aún no se advierte,
hará bajar al mar precipitados,
tropellando la sombra que porfía
ser sucesora del doliente día.

111

Cuando a poco crepúsculo la fiera
que alcanza el rosicler su horror suspende,
y cual discreto racional venera
la luz hermosa que a su herida atiende,
recogida en consulta media esfera
sobre rasgada exhalación que enciende,
decreta un trueno, un rayo tan derecho
que el corazón le partirá en el pecho.

112

Al fin caerá, mal dije, pues le miro
desafiando al evo con memorias,
que a quien dirija aquella luz el tiro
mal negará la duración sus glorias;
celebraréle en tanto que los giros
alentaren la voz de mis historias,
y en bronce tallarán las letras mías
monodías, epitafios y elegías.

113

Recibirále en túmulo de flores
la juventud bellísima del año,
hará el oficio el dios de los amores,
aplaudirále su dichoso engaño;
las deidades, las ninfas, los pastores,
dianas, tagideas y el rebaño
del cerdoso cantor con dulces medios
le alternarán honrosos epicedios.

114

Sobre aras de sarcófago fijada
la testa (¿no te admira el referillo?),
la piel con las arrugas apocada
más generoso ostentará el colmillo,
a peana contino ensangrentada,
siempre manchado el cortador cuchillo,
despoblarán las selvas sus tributos
de horrendos monstruos, de feroces brutos.

115

Pues esto esperas, deja el devaneo,
sigue corzuela que veloz se escusa,
avecilla que inclina a tu deseo,
conejuelo que el lazo más rehusa».
Cesó con esto, y tan brillante aseo
dio a las yerbas la planta de la musa
que lo aprendieron las vecinas flores
y, corrida la ninfa, sus colores.

116

Relámpago de pluma, halcón volante,

que espaldas calentó de pingüe presa,
torció el encuentro o se pasó delante
(si águila oyó) sin competir la empresa;
Nonacrina, con término galante,
cede a la voz que dio tanta promesa
y a celebrarla se reduce ufana
a las cándidas selvas de Diana.

117

El magnánimo joven atropella
en carrera veloz dificultades,
imagen niega al polvo de su huella
sin borrar al verdor serenidades,
sigue el soberbio curso de la estrella
que le ofrece aparentes majestades.
¿Dónde está la prudencia? Bien pudiera
vencer mayor influjo a más esfera.

118

En montes de las nubes desafíos
veloz se eleva y las pestañas tiende,
torrentes cursos de cristales fríos
suelto en profundas márgenes traciende;
infórmanle quietud vientos vacíos,
él la interrompe y las malezas hiende,
paso obstinado a la elocuencia ruda
de la fatiga y la compañía muda.

119

Drías a tanto caso inadvertidas,
más llenas de piedad que temerosas,
a las plantas del joven ofendidas
cadenas dan y cárceles frondosas;
dédalos en las selvas no entendidas
cercar presumen monstruo artificiosas,
mas la ambición que engendra sus deseos
para más labirintos da teseos.

120

Cuidosas nayas ponen a sus huellas
víboras de cristal en acechanza,
que a las lazadas del coturno bellas

desacreditan ya la confianza;
mas poco el joven se embaraza en ellas,
que al cinto las traduce sin tardanza,
y esento el pie quebranta más serpientes
que forman los cuidados de las fuentes.

121

Etna correspondiente de Nereo,
respiración mojada de su enojo,
si no es vulva de Temis que a Peneo
precipitado aborta de un antojo,
al paso ardiente, al juvenil deseo
le opone turbulento el curso rojo,
y por si puede hacer que intento mude
los montes dilatando se sacude.

122

Con cresta alborotada desafía
las coléricas ondas, que alteradas
salen corriendo a la campaña fría
por no verse en el albo avergonzadas;
la batalla prosiguen a porfía
a costa de las plantas delicadas,
entra a saco los campos, no perdona
la invicta de los césares corona.

123

Faetón discurre el campo humedecido,
halla do tome al enemigo el paso,
y esento el cuerpo airoso del vestido
hace a la orilla opuesta un gran traspaso;
entra pisando el curso embravecido
con imperio cuidadoso paso a paso,
pierde pie y queda racional canoa,
remos de plata y con dorada proa.

124

De un alcornoque opuesto que miraba,
más de corteza ufano que verdores,
hizo pendiente del cordón la aljaba
después que le clavó los pasadores;
caliente cuerda con los dientes traba

el arco hacia la espalda en sus rigores,
que al sacudir los miembros, joven brío,
rayos de nieve le dispara al río.

125

El animoso nadador resiste
al turbio batallón de la corriente,
airado vuelve al lado que le embiste
los fuertes brazos y la arisca frente;
no se fatiga, aunque al trabajo asiste,
mas examina el corazón valiente,
que esta batalla en agua es blando juego
para la guerra que le aguarda en fuego.

Rayo meridiano

126

Ufano sale vencedor bizarro
desdeñando los húmedos despojos,
límpiase culto con galán desgarro
los rizos blancos y los miembros rojos;
ya se imagina en el luciente carro,
sueñas las riendas, los tirantes flojos,
predominar desde el dorado asiento
la tierra, el cielo, el mar, el fuego, el viento.

127

El breve pie, desdén de la campiña,
da al alcornoque, abrigo de una peña,
y asiendo de la aljaba desaliña
lo más altivo de su inculta greña;
antes que el lazo los cordones ciña
a libres flechas religión enseña,
sacude, alza de tierra su vestido
con limpio aseo al cinto reducido.

128

Menos veloz camina, que adelante
inclina el cuerpo a elevación de monte,
de aquellos campos rústico gigante,

primer testigo de la luz de Etonte;
vuelta la espalda al cierzo vigilante
breve modera al pecho un horizonte,
tan abrigado con la luz amiga
que ya Faetonte su calor mendiga.

129

Después absuelve el cinto y al sol muestra
huso y rueca sutil, telar cuidadoso
con que la mano de Climene diestra
hizo a Epafo de galas invidioso.
Febo amante que fue de tal maestra
sale de entre las nubes presuroso,
y pertinaz con su calor enjuga
reacia linfa en pliegue asida enruga.

130

A los desnudos miembros restituye
el ya cendal, el ya vestido enjuto,
y a los descuidos del coturno arguye
juntando al lazo el término absoluto;
al descanso inquieto así concluye,
que vuelve al ejercicio a dar tributo,
agua valiente que venció la presa,
pólvora ardiente con el taco opresa.

131

La sangre bulliciosa, el ardimiento,
en breve tiempo le conduce a un llano
donde Mercurio en venerado asiento
cuatro caminos administra ufano;
opuestas vocaciones de su intento
la estatua le señala con la mano,
duda suspenso y mira a los caminos
mejor que a los dialectos peregrinos.

132

Después limpios fragmentos de una peña
al túmulo presenta religioso,
y la miseria en que se ve le enseña
dar ofrendado culto al poderoso;
la voz precipitada es halagüeña,

el pecho temerario es temeroso,
que la necesidad un monte allana
a dar a un prado adoración profana.

133

Altas las palmas, baja la rodilla,
a la efigie los ojos inclinados,
voz que pudieran mármoles sentilla
estos himnos pronuncia regalados:
«¡Oh tú, deidad! ¡Oh excelsa maravilla,
que con veloz ingenio y pies alados
avisas los espíritus divinos
y conduces errantes peregrinos!

134

¡Tú, alada sucesión, si no de Eolo,
del hijo de Neptuno más bizarro,
que por Egipto en sus campañas solo
soberbio arrastra cristalino carro!
¡Tú que rubias arenas del Pactolo
a números reduces, y el desgarró
desdeñar de las ondas libre sueles,
supliendo los defectos de Cibeles!

135

¡Tú que voz a las cuerdas, alma a un leño,
prisión a toda oreja sensitiva
diste y con dulce canto halagüeño
adormeciste inmensa perspectiva!
¡De la elocuencia Trimagistro dueño,
tú mis sombras aclara, tú me aviva
los fatigados pies en la distancia,
tú descubre el camino a mi ignorancia!».

136

Dijo, y al punto el bronce espiritado,
como suele en el Líbano eminente
el cedro comoverse descollado,
persuadido del Céfiro elocuente,
se estremeció, y en metro concertado
estas voces le intima al delincuente:
«Presto arroyuelo perderás los brios,

que aun sorber sabe el mar soberbios rios.

137

¿Distribución de apetecidas luces?
¿Gobernacion de ardores inquietos?
¿Dónde, di, a un joven hoy tu edad conduces,
incapaz de magníficos secretos?
¿La eternidad a términos reduces,
la mente soberana a tus concetos?
Muda el voto en mejor, que es tu constancia
virtud sin forma, aborto de ignorancia.

138

El patrio hogar entre benignos lares
con descanso pacífico te espera,
rayos de horror escupirá a millares
contra tu elevación la ardiente esfera.
¿Cuál visita extranjero mis altares
que mi señal le oculte su carrera?
Vuelve, que vas, si a tanta voz te niegas,
al precipicio caminando a ciegas».

139

Cesó, y enternecido el metal duro
al Inaco inclinó maestra vara;
dejóla fija, y con afecto puro
desacatada juventud dispara;
corre veloz donde divisa el muro
que califica su prosapia clara.
Al peregrino así sucede ignoto
que el templo ve donde termina el voto.

140

Ata el limpio coturno y sacudido
avisa el lazo al cingulo bordado,
que acreditar pretende el vil vestido
con talle airoso y con galán cuidado;
bien es que del camino convencido
vergonzoso confiesa lo estragado,
mas con la presunción del dueño sólo
la gala y luz desmentirá de Apolo.

141

Un panégiro en el discurso mozo
al gran rey de la luz hazer intenta,
en partes mil le rompe el alborozo
que al corazón la vista le presenta;
por menos dilatado y de más gozo,
un himno, una epigrama le contenta,
y al fin se queda todo en viento, en nada,
causa de tal principio originada.

142

Ya llega, ya del fulgurante muro
se escandaliza el perspicaz sentido,
que tras de las palpebras mal seguro
quisiera estar (no puede) recogido;
tira la luz, la luz, y el cristal puro
se le ofrece al cristal tan comedido
que por corresponderle tiempos largos
quisiera conquistar los ojos de Argos.

143

En veinticinco módulos se eleva
y en doce se dilata la portada,
del magnánimo dios lustrosa prueba
y hermoso indicio de su gran morada,
mixta labor de arquitectura nueva,
plaza de variedades la fachada,
acroterias y simas de diamantes,
los remates estatuas de gigantes.

144

Pedestales de plata, historiadores
de hazafias, héroes cual de antiguas glorias,
a hidra expuesta al arco y pasadores,
las musas alternando sus memorias,
de amatistas, de jaspes de colores,
formas corintias, jónicas y dorias,
coturnos son valientes, los cinceles
las coronan con varios capiteles.

145

En los intercolumnios mil ventanas
se corresponden, y cristal de roca
labrado en liso las guarnece ufanas
con la porción de luces que les toca;
gotas, triglifos y metopas vanas
se arrojan fuego en competencia loca,
brillan piropos, jaspes y safiros
haciendo al rubio sol lucientes tiros.

146

Labor corintia el seno del palacio,
de oro y bronce colunas estiradas,
aunque en lo superior rubí y topacio,
las ostentan galantes entorchadas;
levántanse las gradas tan despacio
que se duda en sus ágatas manchadas,
por los claros y sombras tan espesas,
si suben más las gradas que las mesas.

147

Ya el umbral de esmeralda, profanado
jamás de pie mortal, pisa atrevido;
un relámpago sale alborotado
a escudriñar la causa del ruido;
el alba de cabello aljofarado,
la aurora hermosa de galán vestido,
crepúsculos sin número, de adentro
al peregrino salen al encuentro.

148

Dice que busca al Sol, que verle quiere
por la ninfa Climene, y trae mensaje;
curioso sale al caso, y se prefiere,
por novedad a darle entrada un paje;
hecha la diligencia, le requiere
que entrando en el salón los ojos baje,
pues con su atrevimiento que le atiza,
solo un fulgor le volverá en ceniza.

149

Benigno el Sol, de la dorada frente
(colocación excelsa) la corona

depone, y a la toga le consiente
ser nube al esplendor de tanta zona;
el extranjero apenas joven siente
minorada la luz, cuando se entona
y juzga en los buriles y pinceles
cual diestro Policleto o sabio Apeles.

150

Media pared ocupa de relieve
cuadro con propias piedras colorido,
donde en pobre espelunca con luz breve
yace el anciano Invierno recogido;
llueva en aqueste campo, en aquél nieve,
temple elevados Alpes dividido
le tienen, rara estatua son de Jano,
en una faz lloroso, en otra cano.

151

Avenidas se ven tempestuosas
escalar riscos y robarles peñas,
cándida prescripción que a todas cosas
aun darse estorba a conocer por señas;
las aves en la nieve mariposas,
las fieras son abortos de las breñas,
revienta presas el turbión que llueve,
encinas troncha el peso de la nieve.

152

Después airosa Flora entre esmeraldas
velluda alfombra de color despliega,
dándole al monte en apacibles faldas
lo que a lo arisco de su frente niega;
Venus los coros teje y las guirnaldas
que a todo ardiente vencedor entrega,
y blancos cisnes en sitial de flores
llevan la majestad de los amores.

153

Hermosa emulación blanco arroyuelo,
sucesor pobre de pequeña fuente,
hace a la Austrea del sereno cielo,
ya que no en lo caudal, en lo luciente;

casi le intima su galán desvelo
el ruiseñor al ramo floreciente,
matizan corderillos retozones
campos verdes con cándidos vellones.

154

Sobre gigante carro, el cual rodea
escuadra alegre de mancebos ciento,
que si una mano en hoz aguda emplea,
la otra a gajos de oro da sin cuento,
campana rubia si estival pasea,
desdén del sol, solicitud del viento,
Ceres galante, alegre entre fatigas,
coronada con ásperas espigas.

155

A mucho ardiente segador bizarro,
tal vez se ostenta singular caudillo,
ya se recuesta a sombra de su carro,
ya vibra azote y supedita el trillo;
soberbia mies humilla su desgarró
a soplo vil de vano ventecillo,
porque no se gloríe frágil cosa
en el conspecto de tan alta diosa.

156

La verdirrubia pámpana abundante
(si separada de la vid valiente,
no del racimo torrontés galante)
al padre Baco ciñe heroica frente;
duerme la majestad y vigilante
escuadrón le ministra diligente
si limpios no, dulcísimos licores,
exaltación de la deidad de amores.

157

Cansada en la esperanza ya Pomona
de la rebelde fruta que no viene,
a esta persigue, a esotra no perdona,
que cárceles y lazos les previene;
si magnífica no, grata corona,
su triunfo en breve círculo contiene;

ya se opone la púrpura invidiosa
al rosicler de la mejilla hermosa.

158

Puerta que el marco es brillador diamante,
zafiros los peinazos lisonjeros,
y labrados por término elegante
fulgentes son topacios los tableros,
ocupa el joven, cuando ve delante
rey que acatan estrellas y luceros,
fajas, círculos, zonas y coluros,
del Aries de oro a los de plata Arturos.

159

Del águila real examinado
a tanta luz el pollo generoso,
en éxtasi quedó calificado
escrutinio del rayo luminoso;
ya vaga al diestro, ya al siniestro lado
la vista que investiga asiento honroso,
cuando el pródigo príncipe excelente
a su escabel decreta que se siente.

160

Luego avisado el joven se le inclina
y, absuelto rojo el labio detenido,
el fin de su embajada se termina
al dulce aplauso del prudente oído;
sorda la voz, en lengua peregrina,
conceto aún no expresado y ya temido
indicia. ¡Oh sabio Apolo, inspira, ayuda
el corte bronco de esta pluma ruda!

Rayo ardiente

161

«Excelso padre cuya luz hermosa,
honor del más desnudo vegetante,
almas le inspira a la purpúrea rosa
y orgullos dulces al clavel galante,

retirada la sombra temerosa
no hay vida que no acate a tu semblante,
tu hijo Faetón soy; a que honres vengo
la sangre tuya que en mis venas tengo.

162

La ninfa hermosísima Climene,
que esposa calificas, madre honoro,
de entre joyas riquísimas que tiene
me dio este medio círculo de oro;
misterioso el secreto que contiene
mandóme te le diese, yo lo ignoro,
si bien indicio y cosas superiores
crédito abierto, cartas de favores».

163

Labio que fue elocuente, comedido
sella si poco anillo, mucho acato;
y el rey a quien le ofrece esclarecido
le admite alegre con semblante grato;
del pecho generoso a lo escondido
hizo sin otro medio, y un retrato,
luz de su luz, que ausente de Climene
le representa la beldad que tiene.

164

Los dos testigos de metal coteja
y en punto fijo están examinados,
con que concetos que informó la oreja
se ven de la verdad calificados;
solio real majestuoso deja,
amante ya los brazos anudados
le impone, y la mejilla al cerril cuello
hace grabada el amoroso sello.

165

Gozo interior al generoso pecho,
al grave aspecto regocijo asalta,
mas retirado asiste satisfecho,
que a tanta elevación su orgullo falta;
no de otra suerte caminó derecho
fuego veloz a la región más alta,

que la sangre a la sangre en dulce encuentro
se mezcla y comunica la de adentro.

166

«Pedirte quiero», el uno; el otro, «darte»
dice. ¡Oh si nunca tanto prometiera!
¿Qué error comete el que su imperio parte?
¿Qué esclavitud impone, daré, diera?
Donde una vez proporcionada parte
es acción generosa, es la primera
en que deja imitarse el actor sabio,
bueno es medir con la potencia el labio.

167

Cuanto más refrenado el alborozo
tanto más al salir se precipita
(suelta la rienda) y al ardiente mozo
en vez de hacer oposición le incita:
«Pide, pide -le dice-, en tanto gozo,
al pecho real de estos empeños quita,
que juro por el lago Estigio Averno
darte el imperio de la luz eterno».

168

El padre temerario al hijo enseña
perder temores, arriesgarse a tanto
que un mal ejemplo en la desierta breña
soplo es de ninfa que repite el canto,
encuentro es de eslabón que en zahareña
guija escupe centellas, tierno es llanto,
incendio voraz es que se deriva
de una materia en otra sensitiva.

169

«Sólo te pido (¡ten la voz, espera,
teme el peligro, bárbaro mancebo!)
el carro de la luz que reverbera
de un crepúsculo en otro -dice a Febo
experimente la dorada esfera,
conozca el mundo este mi aliento nuevo,
que de tu sucesión es dulce fruto
tener para tu imperio sustituto».

170

Trueno es la voz, relámpago el intento,
el rayo espera en el efecto extraño
con que asustado el corazón esento
temor tributa al venidero daño;
mentido fuera el sacro juramento
si deidad tanta permitiera engaño,
material sombra, traza peregrina
no estorban vista perspicaz divina.

171

De la alta roca entre confuso estruendo,
por las manos del Euro desgajado
baja el peñasco en precipicio horrendo,
huésped soberbio del humilde prado;
monte la deidad es, y en prometiendo
Euro la voz, que se mostró enojado,
allá destrozos se verán y astillas
del Erídano infausto en las orillas.

172

El corazón magnánimo alterado,
obtruncada la voz majestuosa,
al hijuelo incapaz precipitado
sabia dirige mal lograda prosa:
«¿Qué intentas, di? ¿Qué intentas hijo amado?
¿Qué me pides? ¿Acción tan peligrosa
investigar pretendes? Desvarío
contra tu vida y el decoro mío.

173

Cuando juré, del labio no saliera
tan detestable voz; creí en tus años
una galante petición ligera
de ricas piedras, de preciosos paños;
creí que tu apetito se encendiera
en saber de Medusa los engaños,
en conquistar bellezas peregrinas
al retiro de ninfas nonacrinas.

174

Creí que en la palestra polvorosa
salir quisieras a certamen duro
con la alterada truculenta diosa,
o al quinto alcázar asaltarle el muro,
concento el de mi lira numerosa,
el contingente escudriñar futuro,
de piedras los secretos, de metales,
de yerbas, peces, aves y animales.

175

Entre las elevadas majestades
del cónclave consiente claro asiento
varias miro altercar dificultades,
mas ayudara mi valor tu intento
si tus luces buscaran variedades,
hijo te diera en adopción al viento,
bastón en grueso ejército temido,
cetro en imperio manso obedecido.

176

Vuelve en ti amado hijo, no permitas
nombre cobrar de temerario, cuanto
te asegura mi fe, cuanto meditas
te da mi amor si no el gobierno el mando;
pide llegarme a los helados scitas,
dejar ya los etíopes temblando,
que si es quebrar las leyes, mi prudencia
hará excepción tu gusto en su obediencia.

177

¿Regir quies los ignívomos caballos,
que el solo excelso de la luz ardiente
conducen mal sabiendo gobernallos
del alba fría al húmedo occidente?
Subyugarás los tímidos vasallos,
reprimirás ejército valiente,
y a questo mal podrás porque es Faetonte
un valle humilde en lucha con un monte.

178

Un día sólo que te entregue pides

de la alta luz el fulgurante carro;
mal con tu intento tus palabras mides,
tu ambición trae más rumbo, más desgarró;
cuando alcanzaras la virtud de Alcides
vencimiento no hicieras tan bizarro.
¿Un soplo a tanta acción le das de vida,
llama de tal materia procedida?

179

¿Sabes a que te opones? Si aventajas
de mi altamente el singular gobierno,
si las ruedas ajustas a las fajas,
templado el ceño al riguroso invierno,
si a las más altas formas o más bajas
nuevo lustre les da tu curso eterno,
serás mal recibido, Sol segundo,
madrastra en la república del mundo.

180

¿Dónde te abscondes? Grande es tu ignorancia
pues te retira de mi clara esfera,
más bien que yo te busca tu arrogancia,
mejor te alcanza la ambición ligera;
magnífico señor y de importancia
te hallas hoy, mañana ¿qué te espera?,
mísera esclavitud de mis caballos,
sujeto (no pudiendo) a gobernallos.

181

¡Oh vana condición del ser humano!
¡Vaso incapaz de la porción que tienes!
¡Buscas ceñir el mundo con la mano
y reducirle en círculo a tus sienas!».
Cayósele la voz, Faetón profano
de las Horas recibe parabienes,
que aguardan con pies blandos la porfía
para alumbrar, para aclarar el día.

182

De los dormidos párpados del alba
se desatan los cándidos rocíos,
armoniosa de las aves salva

se mezcla con las voces de los ríos;
velludo el prado, la montaña calva,
previene aseos, apercibe bríos,
a esplendor de crepúsculos süaves
vida del campo y alma de las aves.

183

Huyen exhalaciones a porfía
del eje ardiente del lustroso carro
en que la madre de Menón venía,
volante el manto en término bizarro;
tropellan sombras escusando el día
cándidos sus caballos, con desgarro
veloces corren o quizá huyendo
vienen grandes peligros advirtiendo.

184

¿Qué mucho? Si Faetón, ya que no expresa,
tácita al padre voluntad ganada,
para seguir la temeraria empresa
en la infeliz, cuanto veloz jornada
tiene, y la gala y brío que profesa
con riquísima estofa acreditada,
pues vueltas de su ropa rozagante
son mucho, y mucho fúlgido diamante.

185

Flegón, Piro y Eoo ya sin lazos
dejan, si en paz, ardiendo la cadena;
cargando el cuerpo Etón sobre los brazos,
él descompuesto a todos desordena;
trinchan las piedras, vuelan los pedazos
en tanto que Bootes los enfrena,
y el que se llega a los tirantes flojos
relámpagos arroja por los ojos.

186

Al fuerte tiro las valientes fieras
se reducen, fatigas de los frenos,
a un tiempo las cabezas, las caderas
mueven de gala y de arrogancia llenos;
las espumas son cándidas esferas,

los anhelos son céfiros serenos,
los relinchos suavísima armonía,
dulces los ejes cítaras del día.

187

De galante escuadrón acompañado
el gran rey de la luz al coche llega,
honrando al coadjutor con diestro Iado
las riendas de oro eslabonado entrega;
en la luciente popa colocado
la flaca vista en váguidos se anega,
mal hallará su corazón reposo
en piélagos de fuego proceloso.

Rayo estivo

188

La encenia que celebra el regocijo
estorba el miedo con silencio mudo,
que esta gran translación de padre a hijo
ser con aplauso general no pudo.
El peso y la corona en ello fijo
recibe casi de razón desnudo,
quiere partir y el Sol depuesto, «espera
-dice-, aprende los pasos de la esfera.

189

Vigilante la vista (pues te pones
a este camino) has de tener, no ha sido
capaz de peregrinas impresiones
desde su formación, que le corrido.
No verás chapiteles, torreones,
al caminante conducir perdido,
rastros y lenguas son tino y cuidado,
pulso en los frenos con valor templado.

190

Enhiesta es la subida, como al cielo
del círculo que forma el horizonte
hasta el meridional, de donde al suelo

se va inclinando el escuadrón de Etonte.
Aquí está la fatiga, aquí el desvelo
en la caída del bruñido monte,
aquí con rienda dura es bien forcejen
manos y pies porque las fieras cejen.

191

Justicia has de guardar distributiva,
que el orbe es todo en esto interesado,
compás ardiente caminando arriba,
y en medio el cielo, paso descansado.
Ya pues que el carro vespertino estriba
con fuertes pies, en su arte soy gravado,
riendas tirantes nieguen precipicio
que de las fieras te promete el vicio.

192

El robador de la Fenice hermosa,
triplicidad y término de aquélla
que es dulce en Chipre venerada rosa,
y en consentes deidades la más bella,
observarás; y por la piel hermosa
a Lucina verás que se desvela
entre catorce frígidos topacios,
nocturna exaltación de sus palacios.

193

Húmedo y fiero, amenazando muerte
al insidioso acechador, trofeo
de Hércules vencedor, con boca fuerte,
a nueve incendios ser voraz empleo
luego entre rayo tres doblado advierte,
feroz rugiendo al animal Nemeo,
si entras su casa, sal dejando en ella
sin ascendente su mejor estrella.

194

Después vibrando lengua venenosa,
la fiera de arrogancias vengativa
que al bovino Orión con poderosa
fuerza en el cielo a cada luz derriba,
Dragón temido entre una y otra Osa,

cauto enroscado en eje ardiente estriba,
mayor reposo el suyo es vigilante,
su escama es la menor más arrogante».

195

El apetito al fin, el alborozo,
común de dos, de racional, de fieras,
arrebata exabruto infeliz mozo,
y hace pisar las cándidas esferas;
cuanto asalta el temor, quieta el gozo.
Ajustados el coche y las carreras,
mira pues Cintio ardiente en sus balcones
corveteando alegres los bridones.

196

Cándido encanto rueda de oro pisa
do el ariete de Colcos celebrado
las tristezas iguala con la risa,
su vellón sacudiendo aljofarado.
Sentencia en pleito que miró indecisa
el tiempo determina, es gran letrado.
Y las horas alegres por favores
desatan las prisiones de las flores.

197

Alborotado el robador de Europa,
si colérico no, salió a la senda,
y el torvo aspecto encaminó a la popa
con que alteró los pulsos de la rienda,
la fiera escuadra caminando en tropa
no quiere al freno sujeción se entienda,
antes presume cada cual ser guía
que ofrece al mundo esclareciente el día.

198

En prado azul sobre lucientes flores,
mientras rige sus coros Cíterea
los Infantes descubre luchadores
en que la vista codiciosa emplea.
Dos etnas y un volcán abrasadores
triste alborotan la visión lerneá,
fiera a quien ya la envidia o ya los celos

trasladaron al campo de los cielos.

199

El camino pacífico es salteo
a quien pide la paz con tierno llanto.
Ruge enojado el animal nemeo,
del gran hijo de Júpiter quebranto.
Rayos forjó el vecino de Leteo
con tanta rabia no, con tanto espanto,
volcán arroja montes de ceniza,
que menos fuego que su boca atiza.

200

Cruje sobre Flegón temido azote,
por salir del peligro en que se halla,
falta el compás y un mal regido trote
el carro al quicio de Escorpión encalla.
Cual él no se vio mar que se alborote,
ni encendida en ejércitos batalla,
que si en sus ojos se detiene el fuego
fragua es su boca y lo vomita luego.

201

Feroz la abrió y entre el bostezo horrendo
su lengua esgrime rayo, vibra espada,
cola escamosa despertó el estruendo
que confunde la bóveda estrellada.
El veneno que suda sacudiendo,
la vista ofende al mozo delicada.
Espántase Flegón, tira bizarro,
los ejes cruje y desencalla el carro.

202

Reciente el general de las estrellas,
ya descompuesto, el desconcierto abona,
fragua encendida disipó centellas
menos, pues poro alguno no perdona.
Chispas sudando desconoce huellas,
dase a sentir que amó tanta corona,
y mano fatigada de la rienda
a un serpentín del coche la encomienda.

203

Rayos volantes los bridones luego
desdén hacen soberbios de los tiros,
ondas las crines son, que en mar de fuego
alzan borrasca en los celestes giros.
Nave pues sin timón, piloto ciego,
discurren por los campos de safiros,
ya de topacios, que centellas llueven.
Vientos cuatro fortísimos los mueven.

204

Este caballo el alacrán, la copa
desbarata dorada esotra fiera,
sin orden pisan en confusa tropa
el carril estos, y estos la ladera.
El de la mano en la cadera topa
del que tira a la rienda delantera,
división entre sí daños fatales,
animales caerán sobre animales.

205

Mira Faetón pacífico el oriente,
de su deseo en resistencia halla
una fortuna en cada rueda ardiente,
en cada freno suelto una batalla.
La paz mira y reposo del poniente,
sin esperanza de poder gozalla,
y coronado, llamas a porfía,
los dos castiga rayos de la guía.

206

Airado azote, cuatro horrendos truenos
dispara de la nube, y encendida,
relámpagos disipa de sus senos,
que toda estrella dejan confundida.
Humeando los rayos de los frenos
veloces solicitan la salida,
átanlos guarniciones y tirantes
que exhalaciones riendas son volantes.

207

Contagiosa llama repetida,
materia esenta de impresión enciende
sagrada luz con humos destraída,
círculos, zonas y coluros hiende.
La sierpe frigidísima encogida
se desenrosca y las escamas tiende.
De la estrella polar el menor rayo
ardiente de un volcán parece ensayo.

208

Arde tanto episciclo, estrella tanta,
que en su pura materia son teosas,
del celestial palacio arde la planta,
todo cercado llamas pegajosas.
Sin virtud de alumbrar la llama santa,
toros, leones, peces, sierpes, osas
enciende y, desatado el elemento,
crece la llama y crece el ardimiento.

209

Venció en el tierno campo de la cuna,
del duelo airado una plural batalla,
el que a la esfera afianzó coluna,
que tantos pudo tiempos sustentalla,
y hoy, la crenche pisando de la luna,
en la inquietud y en los incendios halla
de veintiocho batallantes ira
más que en el don mortal de Deyanira.

210

Boote en un incendio el plaustro deja
y de la llama ardiente, que respira,
humea en desconcierto la guedeja
que a la corona de Ariadne espira.
Cándido el Cisne en tanto ardor se queja,
su voz juntando a la discorde Lira.
Arde el hijo de lluvia generosa
sin de esta bestia libertar su esposa.

211

El Triángulo griego, que se sienta
del Aries de oro en la cabeza armada,

aligeró el Pegaso, en quien calienta
la diestra Ganimedes mano helada.
Delfín mojado no, Flecha sangrienta,
Águila en cuadro sí, Sierpe enroscada,
formas, lanas, escamas, conchas, plumas
en tanto mar de llamas son espumas.

212

No se reduce a límites el fuego,
deja su esfera y llama abrasadora
execración es dura al blando ruego,
volcán horrendo a la región canora.
Llega a los campos do el mayor sosiego
entre el descuido, entre el silencio mora,
que valor ya vencido y no cobarde,
de luces no, de incendios hace alarde.

213

El elemento ocupa embravecido,
que ardientes alas desplegó, no sólo
a Júpiter su imperio esclarecido,
mas su corona al batallante Eolo.
En sus grutas algosas recogido,
Neptuno, siempre vencedor, temiólo,
que de estrellas desórdenes fatales
agravios son al mundo generales.

214

Cansada no, solícita la llama,
que sudan las fatigas de los cielos,
de Rea el culto venerado infama
y a Ceres rubia cándidos desvelos.
A la deidad bellísima a quien ama
Vertuno, que en suaves paralelos
del gusto califica tanta esfera,
desmiente de la planta a la visera.

215

Mil torrentes de ninfas fugitivas
inundarán los campos de bellezas,
si ya veloces más las llamas vivas
antes no las llenaran de tristezas.

Las desdeñosas más, las más altivas,
se mezclan con los faunos, que ternezas
vierten corales. ¡Qué desdén esquivo
al coturno brindaron fugitivo!

216

Canceles fueron de cristal bruñidos,
hoy seca arena, donde Naya tanta
gritos disipa al fuego doloridos
y la llama parece que se encanta.
De tan tiernas querellas y alaridos
pira suave al cielo se levanta,
honras, si no cuidadas merecidas,
al cándido languor de tantas vidas.

217

Coturnicapros pies de faunideos
cierran los valles. Las sedientas voces
parecen de las nubes devaneos,
si no cometas de la llama atroces.
Por las aguas se encienden sus deseos,
no por beldades. Todos son veloces,
todos queman con rayos de sus quejas
las puntas de las frentes, las guedejas.

218

El carro que abrasó mal gobernado
caminos dos en gran distancia umbríos,
ya tracendiendo el círculo tostado,
enciende las corrientes de los ríos.
Asilos no los albos, ni sagrados,
las grutas son a los cristales fríos.
Entra con ellos el incendio junto,
feroz los prende, y los consume al punto.

219

Piras, si no de fuego pabellones,
las selvas y los bosques más amenos
son, a las que sin número naciones
solicitan las fuentes en sus senos.
De ardentísima sed demostraciones
los de Etiopia dan, pues en los cienos

(no linfas ya) deshacen sus agravios,
mojando manos, ojos, dientes, labios.

220

Colunas son de llamas los collados
que sustentan las nubes encendidas,
pavimentos los montes levantados
cubiertos con cenizas doloridas.
Templos son de la muerte dedicados
a tanto horror, al fin de tantas vidas,
y tremendo holocausto extraordinario,
que hace del mundo un joven temerario.

221

Las ciudades se encienden populosas,
los anchos muros y las torres fuertes,
alcázares y templos, mariposas
pagan sin giros infinitas muertes.
Pirámides y agujas milagrosas
mudan, si no ejercicios formas, suertes,
pues si en reposo al cielo se subían,
inquieto en polvo su altivez le envían.

222

No defienden sus armas al castaño,
ni de picas escuadras al espino,
que el cedro les predica el desengaño,
galán al fresno y al agudo pino.
A un tiempo participan mal tamaño
forma elevada y material vecino.
Corre el fuego veloz por verdes mieses,
tropieza en crenches rubias de cipreses.

223

Disipa a Baco las valientes vides,
prudentes las olivas a Minerva,
las coronas a césares y Alcides,
la virtud y el aseo a toda yerba.
Discurre, y cuidadosa en tantas lides
nada voraz, para después reserva.
Todo por ella se consume en ella,
desde el hisopo a la cadente estrella.

Rayo elemental

224

Antorchas son del cielo inextinguibles
el Atos santo, índico el Cambades,
el Pelión, que albergue a los terribles
monstruos queriones dio, tantas edades.
El Ida ya sin fuentes apacibles,
el Timolo y Oeta majestades
que son del mundo, aquél por el Pactolo,
y éste por tumba que es de Alcides sólo.

225

Helicon y Parnaso de las Musas,
Emo el de Tracia, habitación de Marte,
y Etna con tanto fuego no se escusa,
antes aloja el que Faetón reparte.
Ya no corren Alfeos ni Aretusas,
ni el gran Pirén los dos imperios parte.
El Calpe erguido, que a los cielos sube,
si ayer fue monte en niebla, hoy fuego en nube.

226

La sierra de Iliberia ya encendida,
las canas peina el fuego a la nevada
por su concilio santo conocida,
por su candor del mundo celebrada.
La nieve se deshace y, consumida,
sus minas dan la plata que acendrada
corre por el Genil y, a más decoro,
líquido el Dauro le tributa en oro.

227

Montes que ferocísimos dividen
francés galante y español valiente,
su nombre igual con sus efetos miden,
que en sí contienen la región ardiente.
De sus venas purísimas despiden
oro disuelto ya, plata corriente,

que como antes cristal al mar se entrega,
del fuego al agua mariposa ciega.

228

El monte de Erícina, donde ardía
su lascivia, se enciende y la consume,
y el que dio nombre al luminar del día
en cenizas y en polvos se resume.
El bacanal Citero, si alegría
ayer, los llantos ya la sed presume.
El Ródope, Caucaso y Alpes ciegos
permutaron las nieves con los fuegos.

229

De cuatro Olimpos, si uno por costumbre,
por la ley general, cualquier se enciende.
Del culto Pindo la sagrada cumbre
fuego sacude que las nubes hiende.
Del Apenino, a que Ambal dio lumbre,
con cabo el cerco de los cielos prende
la llama y, ya voraz, muda de esfera,
no vuela arriba, al centro va ligera.

230

Diosas napeas, nayas y amadrías
encendidos los cándidos cabellos,
de los retretes de las peñas frías
ven consumirse sus cristales bellos.
Los ríos por sus ollas ya vacías
acechan el incendio, hasta los cuellos
las cabezas sacando, y despechados
parten al mar de su dolor llevados.

231

Por las secretas venas de la tierra,
sin encontrarse con humor alguno,
veloces parten a la ardiente guerra
en que el grande se halla rey Neptuno.
Lánguido en las arenas cuanto cierra
pescado el mar ostenta el infortunado.
Tetis, entre algas secas recogida,
si no espira deidad, está sin vida.

232

El sinuoso caracol sonante
Tritón al labio alborotado aplica,
y un escuadrón de ríos al instante
al ejército undoso multiplica.
Destrozado su arnés, el que galante
salteando las nubes las salpica,
se ve arrimado a un inconstante hilo.
¿Quién tal dijera al inundante Nilo?

233

Tigris, Eufrates, Ganges y Danubios
al mar llegan caudales tan gastados,
que el Tajo, el Idas y Arimaspo rubios,
amarillos se quedan asombrados.
Viéronse ayer temidos por diluvios
Pactolos, Renos, Tíberis y Pados.
¡Y hoy en líbicos albos! Cesa Ismenio,
Arno el de Tusca, y el Nifate armenio.

234

Sale sulfúreo el Nar, Melas ungido,
Lincisto bacanal, frigio el Meandro,
Permesio de las musas escogido,
Y Inaco argivo, acusación de Evandro.
Suavísimo el Jordán esclarecido,
y el hondo estrecho en que luchó Leandro,
alojaron en lóbregas alcobas
por cándido cristal, cerúleas ovas.

235

Callado el Guadiana, el Duero horrendo,
el Ebro, el Segre, el Miño, y el Cefiso,
el Ródano se olvida de su estruendo,
y de su majestad Paropaniso.
El Oaxes de Creta va saliendo,
Acis del Etna y de Tesalia Anfriso,
de Tracia el Estrimón, de Siria Oronte,
dentre sus amazonas Tremodonte.

236

Tanai rifeo, Sperquio de Tesalia,
Simois y Janto de Dardania ardiente,
el magnánimo Betis de Vandalia,
y de Magnesia el gran Peneo doliente.
Ligeris y Garumna por la Galia,
todos al mar terminan su occidente.
De la nobleza observan ley severa,
danse a morir porque su rey no muera.

237

Junto el poder, la fuerza debastada,
alzar quiere el tridente, y tanto pesa,
el que ayer esgrimió tajante espada,
que de una mano en otra lo atraviesa.
Quiere hablar y, al paladar pegada,
el grave ardor, la sed mortal confiesa
la lengua. La melena y barba verde
vuelta cenizas por el mar se pierde.

238

Carro de plata, nácares bruñidos,
fieras que le conducen monstruosas,
de Acloceramnia horrenda sumergidas,
se escusan a las llamas rigurosas.
Las nereidas de sed amortecidas,
lóbregas en las grutas sinuosas,
con Anfitrite están, cuyo desmayo
es gran trofeo al más valiente rayo.

239

Los hijos de Neptuno transgresores
castigados se ven sobre el arena.
Cesan de Glauco y Scila los amores,
que tanta llama, tanto fuego enfrena.
De Polifemo espiran los ardores,
pira es ya su bastón, su voz no suena.
Cándida en Galatea prende el fuego
que nunca pudo el más ardiente ruego.

240

Donde las llamas (rocas hoy) se ceban

cerastes fueron Cíclades marinas.
No se mudan, se ahondan ni se elevan
Caribdis, Cafareos ni Carinas.
Las Sirtes africanas se pasean
en los centros de Océano. Bocinas
de los Tritones suenan destempladas
a grandes vencimientos enseñadas.

241

Nereo y Doris, ya disueltos lazos,
salen (que la agua hierve) el mar huyendo,
y encuentran entre horrendos embarazos
de ballenas ardientes duro estruendo.
Arden las jarcias, vuelan los pedazos
que atrevida codicia estuvo uniendo,
tiempos tantos en selvas extranjeras
de árboles dio pobladas las riberas.

242

De fuego copos nieva el firmamento
y las nubes centellas a porfía,
granizo dan y el húmedo elemento
a Libia en lo arenoso desafía.
La tierra se enhestó en su firme asiento,
por bocas mil cenizas escupía,
vivificando a la mayor los labios
lengua de fuego con sermones sabios.

243

«¿Dónde estáis, oh consentes majestades,
que no os alcanza el lastimoso ruego
de terrestres y acuátiles deidades?
¿Queréis que acabe el universo en fuego?
Si son del firmamento enemistades,
haga las paces el volante ciego.
Si son crecientes de la ardiente esfera,
términos les poned, no salgan fuera.

244

Júpiter soberano providente,
vista incesable ¿en qué festejo empleas?
¿En qué nuevas creaciones la alta mente,

que por darles belleza el mundo afeas?
Muévate ver la que te adora gente,
la que te sacrifica (tú paseas
devoto sus inciensos, tú sus ruegos)
casi cenizas ya de tantos fuegos.

245

¿No te consagran aras ni alabanzas
te dan los ya difuntos? ¿El que vive
te confiesa? El que vive en esperanzas
con lo mismo te obliga que recibe;
de justiciero y de piadoso alcanzas
iguales atributos, no te prive
lo severo escuchar casos atroces,
de polvo en lenguas, de ceniza en voces.

246

Estas criaturas tuyas más defensa
no alcanzan que su voz. Si el blando oído
esquivas, haces una enorme ofensa
humilde al mundo. Él te invocó rendido.
Perdone, oh hijo, tu piedad inmensa,
culpa ignorante. El pecho enternecido
a que los labios diste y tiernas quejas
alcance tu piedad por tus orejas».

247

Dijo, y al punto de ceniza un monte,
si no la sepultó, cerró sus labios.
Y alterado el gran dios miró a Faetonte
ministro de tan rígidos agravios.
La oficina que inunda Flegetonte
por manos de los cíclopes más sabios
un rayo tresdoblado obró que truena
y en las distancias de los polos suena.

248

¡Guárdate mozo! El trueno es escusado,
si duerme la razón y vano el ruego.
Ya la tonante diestra lo ha empuñado,
jueces hace a las deidades luego,
sacude fulgurante disparado

del gran poder el soberano fuego.
Al carretero, al carro y a los tiros
pasa veloz sembrando horrendos giros.

249

El sol la nube pareció preñada,
que un rayo y cuatro disipó centellas.
En la orilla de Eridano mojada
éste humea y por los vientos ellas,
Faetón entre ceniza ensangrentada.
Las fieras entre el humo a las estrellas
suben (o de sus crines por la llama)
por celestial impulso que las llama.

250

Sin vida el mozo entre sus rizos de oro
conserva el fuego, el mundo ya en ceniza.
Del carro el preciosísimo tesoro
por el viento en mil partes se desliza.
De las deesas el ardiente lloro,
vista la causa, con su llanto atiza
la madre, y como llega sin sentido,
las montañas confunde su ruido.

251

Al más breve camino de los cielos
dos veces buscó el cabo Proserpina.
Y mientras, voces, llantos y desvelos,
con teas encendidas, gran ruína,
Peloros, Lilibeos, Mongibelos,
cuidadosa Clímenes examina,
hasta que llega al ya corriente Pado
y halla al sol de sus ojos eclipsado.

252

En urna de sarcófago el respeto,
si ya no la piedad, tuvo al difunto.
Llega el dolor, adora el gran concreto
y al epitafio pone el labio junto.
Las hijas tres ayudan su conceto
y el llanto tristes toman por asunto.
Corre líquido en fuentes divertido,

riega las plantas de cristal bruñado.

253

A tanta persuasión los tiernos dedos
su trabazón discreta desencajan,
y de silvestres árboles remedos
torciendo al gusto de la tierra bajan.
Blandos cristales con donceles miedos
a otras formas se dan, que los ultrajan,
bullen temblando tantas asperezas,
inundados se miran de cortezas.

254

Por los miembros se tienden delicados
tesoro delicioso a los sentidos,
tiranizando abismos deseados
aun dentro de los troncos doloridos.
Ramos brotan los pechos torneados
y los brazos de brótanos vestidos
enseñan a los ojos, a las lenguas,
a no mirar, a no decir sus menguas.

255

Hacia Faetusa, hacia Lampecchia y Febe
vuelve tiernas su madre nubes llenas
de lastimosas lágrimas que llueve
dando a tanto portento tantas penas.
Llega abrazarlas, palpitar la nieve
siente y sudar el ámbar de sus venas.
Por dentro y fuera de los duros troncos
ya los suspiros casi escucha roncros.

256

En álamos mudadas las doncellas,
la madre en el dolor que la consume,
cuando gloríen sus electros ellas
Climene solo su dolor presume.
Todas las ninfas de Nonacria bellas,
toda deesa de los montes nume,
entre atentos compases guardan medios
y alternan lastimosos epicedios.

Entre coros tejidos de hermosura,
trabados con ternísimos cristales,
ultrajando atención que su alma apura,
robaron la deidad a tantos males.
Docto acero gritó en la sepultura,
voz de excelsa ruina, a los mortales:
«Faetón, fuego del mundo, sol de un día,
eternamente aquí ceniza es fría».

FIN